

que decía en sus *Décadas de Pedrarias*, alegando que de todo se le había dado por libre cuando se le declaró buen ministro del Rey en la residencia que se le tomó. Herrera contestaba que la declaración podía libertarle de la pena, pero no quitar que lo que en verdad pasó no fuese pasado. Hubo en este debate diferentes alegaciones de ambas partes, cuyos papeles se conservan unos impresos y otros manuscritos en el archivo de Indias. Herrera hizo patente que aun le dismutaba mucho: cedió al fin el Conde, y el negocio se transigió en que un ministro del consejo mitigase la acrimonia de tal cual pasaje del historiador.

## FRANCISCO PIZARRO.



Ninguno de los capitanes del Darien podia llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. La hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor, parecia haber cortado tambien las magnificas esperanzas concebidas en sus designios. Habíase traslada-

I. AUTORES CONSULTADOS. *Impresos*: Francisco de Jerez. - Agustín de Zárate. - Garcilaso Inca. - Francisco Lopez de Gómara. - Antonio de Herrera. - Pedro Cieza de Leon.

*Inéditos*: *Memorias históricas y Anales del Perú*: de don Fernando Montesinos - Gonzalo Fernandez de Oviedo: *Historia general de Indias*, parte tercera. - Las relaciones de Miguel de Estete; del P. Fr. Pedro Ruiz Naharro, mercenario; y otra anónima del tiempo de la conquista - Diferentes documentos de la misma época, y otros apuntes respectivos á ella, comunicados al autor.



do la colonia española al otro lado del istmo, al sitio en que se fundó Panamá: mas ni esta posicion, mucho mas oportuna para los descubrimientos de oriente y mediodia, ni las frecuentes noticias que se recibian de las ricas regiones á que despues se dió el nombre de Perú, eran bastantes á incitar á aquellos hombres, aunque tan audaces y activos, á emprender su reconocimiento y su conquista. Ninguno tenia aliento para hacer frente á los gastos y arrosstrar las dificultades que aquel grande objeto llevaba necesariamente consigo: El hombre extraordinario que habia de superarlas todas aun no conocia su fuerza; y lo que raras veces acontece en caracteres de su temple, ya Pizarro tocaba en los umbrales de la vejez, sin haberse señalado por cosa alguna que en él anunciase el destructor de un grande imperio, y el émulo de Hernan Cortés.

No porque en esfuerzo, en sufrimiento y en diligencia le aventajase alguno, ó le igualasen muchos de los que entonces militaban en Tierra firme. Mas contenido en los límites asignados á la condicion de subalterno, su carácter estaba, al parecer, exento de ambicion y de osadía; y bien hallado con merecer la confianza de los gobernadores, ó no podia, ó no quería competir con ellos ni en honores ni en fortuna.

Pudiérase atribuir esta circunspeccion á la timidez que debia causarle la bajeza de sus principios, si fuera cierto todo lo que entonces se contaba de ellos, y despues se ha repetido por casi todos los que han tratado de sus cosas. Hijo natural de aquel Gonzalo Pizarro que se dis-

tingió tanto en las guerras de Italia en tiempo del Gran Capitan; y murió despues en Navarra de coronel de infantería; habido en una muger cuyo nombre y circunstancias por de pronto se ignoraron; arrojado al nacer á la puerta de una iglesia de Trujillo, sustentado en los primeros instantes de su vida con la leche de una puerca, por no hallarse quien le diese de mamar; fué al fin reconocido por su padre, pero con tan poca ventaja suya, que no le dió educacion, ni le enseñó á leer, ni hizo por él otra cosa que ocuparle en guardar unas pjaras de cerdos que tenia. Quiso su buena suerte que un dia los cerdos, ó por acaso ó por descuido, se le desbandasen y perdiesen: él de miedo no quiso volver á casa, y con unos caminantes se fué á Sevilla, desde donde se embarcó despues para Santo Domingo, á probar si la suerte, ya para él tan dura en su patria, le era menos adversa en las Indias. Semejantes aventuras tienen mas aire de novela que de historia. Gomara las cuenta, Herrera las calla, Garcilaso las contradice. Algunas estan en oposicion con los documentos del tiempo, que le dan sirviendo en las guerras de Italia en su juventud primera<sup>1</sup>: otras estan ve-

<sup>1</sup> En un discurso ó papel en derecho presentado al Rey por los descendientes del conquistador para hacer efectiva en ellos la gracia que se le concedió del título de Marques con veinte mil vasallos se dice así:

“Francisco Pizarro, Señor, Caballero de la orden de Santiago, despues de haber servido en las guerras de Italia y Navarra con el coronel Gonzalo Pizarro su padre y Hernando Pizarro su hermano, pasó á las Islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colon, donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron etc.”



rosimilmente exageradas. Él era sin duda alguna hijo natural del capitán Pizarro: su madre fué una muger del mismo Trujillo que se decia Francisca Gonzalez, de padres conocidos<sup>1</sup> y de Trujillo tambien. Su educacion fué en realidad muy descuidada: se cree por los mas que nunca supo leer ni escribir; pero si, como otros quieren, alguna vez aprendió á leer, fué ya muy tarde, cuando su dignidad y obligaciones le precisaron á ello: escribir, ni aun firmar, es cierto que nunca supo<sup>2</sup>. Lo demas es preciso darlo y recibirlo con aquella circunspeccion prudente que deja siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la elevacion sea tanto mas gloriosa, quanto de mas bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distincion en la historia, es al tiempo de la última expedicion de Ojeda á Tierra firme, cuando ya Pizarro tenia mas de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los españoles en aquella afanosa empresa, hizo el aprendizaje de la carrera difícil en que despues se habia de señalar con tanta gloria. No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demas compañeros, cuando Ojeda, despues de fundar en Urabá la villa de San Sebastian, y teniendo que volver por socorros á Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la persona

<sup>1</sup> Llamábanse Juan Mateos y María Alonso.

<sup>2</sup> Véase el apéndice.

de mayor confianza para su gobierno y conservacion.

Contados estan en la vida de Vasco Nuñez los contratiempos terribles que asaltaron allí á los españoles; cómo tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y cómo fueron despues vueltos á ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, así como los debates y pasiones que despues se encendieron entre los pobladores del Darien, no pertenecen á la vida de Pizarro, que ningun papel hizo en ellos. Contento con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como habia obtenido la de Ojeda, y despues la de Pedrarias del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo á las expediciones mas importantes; Vasco Nuñez al mar del sur, Pedrarias á Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitán Gaspar de Morales en el viaje que de órden del último gobernador hizo desde Darien á las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho, y las mas sin gloria, no resultó ningun descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atencion sino por lo que contribuyeron á aumentar la experiencia y capacidad de aquel capitán, y al crédito y confianza que se granjeó



con los soldados; los cuales no una vez sola se le pidieron á Pedrarias, y marchaban mas seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solian conducirlos.

A pesar de ello su ambición dormía; ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenía en abundancia; y despues de catorce años de servicios y de afanes el capitán Pizarro era uno de los moradores menos acaudalados de Panamá. Así es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, mientras que el clérigo Hernando de Lúque ponía en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos ó ajenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo menos para tener noticias mas positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponian descubrir.

1522. Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pedrarias, habia salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sur; y llegando á la boca de un ancho rio en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el rio adentro, y allí peleando á veces con los indios, y á veces conferenciando con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas, y de las guerras que sostenian en tierras bien apartadas de allí. La fama sin duda habia llevado, aunque vagamente, hasta aquel parage el rumor de las expedi-

ciones de los Incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenían con aquella gente belicosa sobre la dominacion del país. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, segun los indios decian, pasar por caminos ásperos, y sierras en extremo fragosas; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar á Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entonces y volverse á Panamá.

Acaeció poco tiempo despues morir el capitán Juan Basurto, á quien Pedrarias tenia dado el mismo permiso que á Andagoya. Muchos de los vecinos de Panamá querian entrar á la parte de las mismas esperanzas y designios, mas retraíanse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse á prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darien, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el país, fueron los que, alzado el ánimo á mayores cosas, quisieron á toda costa y peligro ir á reconocer por sí mismos las regiones que caían hácia el Sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto habia hecho construir anteriormente el Adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524, debiéndole seguir despues Almagro con mas gente y provisiones. El navio dirigió su rumbo al ecuador, tocó en las islas de las Perlas, y surgió en el

Noviembre de  
1524



puerto de Piñas, límite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitán subir por el río de Birú arriba, en demanda de bastimentos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde había andado antes Pascual de Andagoya, que dió á Pizarro á su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviere.

Pero ni los avisos de Andagoya, ni la experiencia particular de Pizarro en otras semejantes expediciones, pudieron salvar á los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma, los pocos bohios que hallaban desamparados, el cielo siempre lloviendo, el suelo áspero en unas partes, y en otros cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacian: ninguna caza, ninguna fruta, ningún alimento: ellos cargados de las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Así anduvieron tres dias, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron á embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto donde hicieron agua y leña, y despues de haber andado algunas leguas mas, se volvieron á él á ver si podian repararse en la extrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenian, y dos mazorcas de maiz que se daban diariamente á cada soldado, no podian ser sustento suficiente á aquellos cuerpos robustos. Dícese que al arribar á este puerto se temian los unos á los otros de flacos, desfigurados y mise-

rables que estaban. Y como el aspecto que les presentaba el país no era mas de sierras, peñas, pantanos y continuos aguaceros con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecian, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse á Panamá, maldiciendo la hora en que habían salido de allí. Consolabalos su capitán, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenia de llevarlos á tierras en donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si á muchos las razones de Pizarro servian de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un desesperado, que se encrucece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar á los demas en su ruina.

Viendo en fin que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío á buscar provisiones á las islas de las Perlas, y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje á un Montenegro y otros pocos españoles, á quienes se dió por toda provision un cuero de vaca seco que había en el barco, y unos pocos palmitos amargos de los que á duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, mientras que Pizarro y los demas que quedaban seguian luchando con las agonias del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarios entonces á aquel descubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. El no solo alentaba á



los soldados con blandas y amorosas razones, que sabia usar admirablemente cuando le convenia, sino que ganaba del todo su aficion y confianza por el esmero y eficacia con que los socorria y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que mas podia convenir á los enfermos y endebles, se los suministraba por su mano, les hacia barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacia con ellos las veces, no de caudillo y capitán, sino de camarada y amigo. Este esmero no bastó sin embargo á contrarestar las dificultades y apuros de la situacion y del pais. Como solo se mantenian de las pocas y nocivas raices que encontraban, hinchábaseles los cuerpos, y ya veinte y siete de ellos habian sido victimas de la necesidad y de la fatiga. Todos perecieron al fin, si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navio de carne, frutas y maiz.

Pizarro entonces no estaba en el puerto. Sabiendo que á lo lejos se habia visto un gran resplandor, y presumiéndolo efecto de las luminarias de los indios, se dirigió allá con algunos de los mas esforzados, y dieron en efecto con una ranchería. Los indios huyeron al acercarse los españoles, y solos dos pudieron ser habidos que no acertaron á correr tan ligeramente como los demas. Hallaron tambien cantidad de cocos, y como una fanega de maiz que repartieron entre todos. Los pobres prisioneros hacian á sus enemigos las mismas preguntas que en casi todas las partes del nuevo mundo donde se los veía saltar de aquel modo. *¿Por qué no sembrais,*

*por qué no cogéis, por qué andais pasando tantos trabajos por robar los bastimentos agenos?* Pero estas sencillas reconvençiones del sentido común y de la equidad natural, fueron escuchadas con el mismo desprecio que siempre, y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzoñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debian hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *Puerto de la Hambre*, y se volvieron á hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos dias, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron de *la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron á él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores: el aire tan húmedo, que los vestidos se les pudrian encima de los cuerpos; el cielo siempre relampagueando y tronando; los naturales huidos ó escondidos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron sin embargo algunas sendas, y guiados por ellas despues de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maiz, raices, carne de cerdo, y lo que les dió mas satisfaccion



bastantes joyelas de oro bajo, cuyo valor ascendería á seiscientos pesos. Este contento se les agrió cuando descubriendo unas ollas que hervían al fuego, vieron manos y pies de hombres entre la carne que se cocía en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar más, se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron á un paraje de la costa que llamaron *Pueblo quemado*, y está como á veinte y cinco leguas del puerto de Piñas: tan poco era lo que habian adelantado despues de tantos dias de fatigas. Allí desembarcaron, y conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrían entre los manglares que la tierra era poblada, empezaron á reconocerla, y no tardaron mucho en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado tambien, pero surtido de provisiones en abundancia, por manera que Pizarro, considerada su situacion á una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra al rededor no tan estéril ni triste como las que habian visto, determinó recogerse en él y enviar el navío á Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen á los marineros: el capitan acordó que saliese Montenegro con los soldados mas dispuestos y ligeros á correr la tierra, y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen á la maniobra. Ellos entretanto se mantenían reunidos acechando lo que los castellanos hacían, y meditando el modo de echar de sus casas á aquellos vagamundos, que con tal insolencia venían á despojarlos de ellas.

Así luego que los vieron divididos, arremetieron á Montenegro lanzando sus armas arrojadas con grande algazara y gritería. Los españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor, y todo era necesario para con aquellos salvajes desnudos que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre á los que mas sobresalian. De este modo fueron muertos tres castellanos y otros muchos heridos. Los indios luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendía mas de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla, y por sendas que ellos solos sabían, dar de pronto sobre el lugar donde imaginaban que solo habrían quedado los hombres inútiles por enfermos ó cobardes. Así lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruido á Montenegro. Mas sin perder ánimo salió á encontrarlos, trabándose allí la refriega con el mismo teson y furia que en la otra parte. Animaba él á los suyos con la voz y con el ejemplo, y los indios que le veían señalarse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre, y le apretaron de modo que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron á él creyéndole muerto, pero cuando llegaron ya estaba en pie con la espada en la mano, mató dos de ellos, contuvo á los demas, y dió lugar á que viniesen algunos castellanos á socorrerle. El combate entretanto seguía, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto á los salvajes, que se retiraron al fin dejando



mal herido á Pizarro y á otros muchos de los españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas apreturas, esto es con aceite hirviendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido que no les convenia permanecer allí siendo ellos tan pocos, los indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse á las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo á Chicamá, desde donde Pizarro despachó en el navío al tesorero de la expedición Nicolás de Rivera, para que llevase el oro que habian encontrado, diese cuenta de sus sucesos, y manifestase las esperanzas que tenian de encontrar buena tierra.

Mientras que con tanto afán y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parages, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debia seguirle, se hizo á la mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos dias antes de que llegase á Panamá Nicolás de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veía en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió tambien en Pueblo Quemado, en donde los mismos indios que tanto habian dado en que entender á Pizarro y Montenegro, le resistieron á él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin les ganó el lugar, no quiso detenerse en él y pasó adelante en busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Baeza, llamado así por un sol-

dado de este apellido que allí falleció; el rio del Melon, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho así por el aspecto que tenian las casas de indios que á lo lejos descubrieron; y últimamente el rio que llamaron de San Juan, por ser aquel el dia en que llegaron á él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porción de oro; pero la alegría que él y sus compañeros podian percibir con ello, se convertia en tristeza pensando en sus amigos, á quienes creían perdidos, de modo que desconsolados y abatidos determinaron volverse á Panamá. Pero como tocasen en las islas de las Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro, volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron á buscarle. Halláronle con efecto en Chicamá: los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fatigas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenia hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta á Panamá para rehacerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades que contrariaban harto desgraciadamente los designios de los dos descubridores. Pedrarias, que les habia dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto á la empresa, como favorable primero. Trataba entonces de ir en persona á castigar á su teniente Francisco Hernandez, que se le habia alzado en Nicaragua, y no queria que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo



de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razon: pero él alegaba las malas noticias traídas por Nicolas de Rivera, y culpaba altamente la obstinacion de Pizarro, á cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, segun ya se ha visto, era tan pertinaz como duro y receloso. Decia á boca llena que iba á revocar la comision y á prohibir que fuese mas gente allá. La llegada de Almagro, mas rico de esperanzas que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento, y todo se hubiera perdido sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el Maestre de Escuela Hernando de Luque, amigo y auxiliador de los dos, y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles, á no hacerse á Pedrarias la oferta de que se le admitiria á las ganancias de la empresa, sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual, halagada su codicia, cedió de la obstinacion y alzó la prohibicion que tenia dada para el embarque. Puso sin embargo la condicion de que Pizarro habia de llevar un adjunto como para refrenarle y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, á quien para mas autorizarle se dió el título de capitan; pero á pesar de la buena fe y sana intencion con que este acuerdo se hizo, luego que fué sabido por Pi-

<sup>1</sup> Esta asociacion de Pedrarias á la compañía no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron mas confianza en el buen éxito de su empresa, tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transacion con él: el pasaje está en Oviedo, y es curioso. Véase el apéndice tercero.

zarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacia, y mal satisfecho con las disculpas que se le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazon, pudiendose señalar aquí el origen de los desabrimientos y pasiones que despues sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá hasta la salida de Pedrarias á Nicaragua, que fue en enero del año siguiente. <sup>1526</sup> Tratábase de proporcionar fondos para la continuacion de la empresa, que faltaban á los dos descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo proporcionar, y entonces fué cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó á entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la expedicion, y los dos ponian en ella la licencia que tenian del gobernador y sus personas é industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitivamente en la empresa <sup>1</sup>. Y para dar mayor solemnidad á la asociacion, y enlazarse con los vínculos mas fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la Misa á las dos, y dividiendo la Hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una, y con las otras dos dió de comulgar á sus compa-

<sup>1</sup> Véase el apéndice segundo y la nota que va en seguida, en que se manifiesta quien era el verdadero asociado á quien Luque no hacia más que prestar su nombre.